El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8540 DIARIO DE LA NOCHE TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. *Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contar el 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 28 de Abril de 1890.

Salicilatos
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Cataluña, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningun otro remedio empleado hasta el dia, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS TISICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, CÓLERA, TIFUS, DISENTERIAS, VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBARAZADAS, CATARROS Y ULCERAS DEL ESTOMAGO, ERUPTOS FEBRILES PIROSIS. Ningun remedio alcanza de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigid la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:

ALMERIA, FARMACIA VIVAS PEREZ, de donde se remiten por correo á todas partes enviando 75 cts más por certificado.
POR MAYOR: Madrid, M. García y Sociedad Ibero Universal Barcelona: Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Rivas, de Aromar y Uriach. Cartagena, Abad y Romero Germes.
De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, Ultramar, Buenos-Aires y en toda la América del Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández hermanos y compañía.

LA SEMANA ANTERIOR.

Entramos en la semana anterior sudando la gota gorda. No parecía sino que los baños de mar habrian de abrirse en breve, y que la feria iba á inaugurarse incontinenti.

Mas cuando nos preparábamos á salir en paños menores (es decir, en ropas de verano) reapareció el fresco y volviéronse las tornas.

Hasta salieron las capas nuevamente.

Esto quiere decir que el tiempo se burla de nosotros, siempre que le dá gana.

***

Mala ha sido la semana para las criaturas, y para los padres.

Enfermedades traidoras han causado la muerte de muchos ángeles que habrán aumentado el número de los que moran en la región celestial, á costa del sentimiento de los que en este mundo fueron sus padres.

No hay dolor como el dolor de perder á un hijo.

***

La trichina continúa haciendo estragos en la diputación de Canteras.

Aquellas pobres gentes sufren los estragos que en ellas producen esos animalitos microscópicos que se sitúan en las articulaciones y demás sitios del cuerpo humano, sin que haya nada que les haga salir totalmente.

Cinco han sido las personas que hasta ahora, sucumbieron víctimas de la trichina.

***

Por fin marchó á Orán la troupe Alegría. Es claro. Los negocios no pueden desaprovecharse, y según le oido no tenían ninguno tierra adentro. De manera que han vuelto á pasarse por agua.

Romero y Cámara presentaron ayer tarde en la plaza «La Guerra de Africa» y para darle el *explendor* que merece, en lujosa cabalgata la anunciaron por la mañana.

Soldados, moros, caballería é infantería compuso la comparsa, que llamó la atención de la gente aficionada á episodios nacionales.

Por cierto que al verla pasar por la calle Mayor, dijo un amigo:

—Ahora comprendo por qué no he encontrado un hombre esta mañana.

J.

APUNTES DE UN MELODRAMA

La escena pasa en el mercado de la Cebada de Madrid.

Los personajes son: una frutera, un joven que representa unos diez y seis años, una mujer de alguna edad, vendedora ambulante de hules, un celador del mercado, un guardia de orden público y hombres y mujeres del pueblo.

A las once de la mañana de antes de ayer la frutera y el joven se hallaban en el puesto; la vendedora de hules, después de permanecer un buen rato embelesada contemplando al mozo, emplea todo género de precauciones para no ser vista, y consigue colocarse entre unos montones de banastas.

Desde allí podía ver cómodamente al joven de la frutería.

Un celador del mercado, sospechando de las intenciones que pudiera abrigar aquella mujer que tanto empeño ponía en recatarse, dirigióse á ella de un modo bastante brusco.

—¿Qué hace usted ahí?

—Permanecer justo á mi hijo cuya voz tengo deseos de oir—contestó la vendedora.

—¿Y dónde está su hijo?

—Pues en ese puesto de fruta—respondió la interrogada, señalando al que estaba más cerca.

—¡Pero si ahí no hay más que ese mozo que puede ser hijo suyo, buena mujer!—tengo entendido, que jamás conoció á su madre.

—Pues ese es mi hijo del alma—replicó en tono patético la que tanto interés demostraba en permanecer en aquel sitio.

La última parte del anterior diálogo fue oida por el mozo, á quien se refería, y acercándose á la mujer, exclamó:

—¡Que usted es mi madre!

—¡Sí, yo soy tu madre!—gritó con todas sus fuerzas la mujer.

—¡Vamos!—dice el mozo—esta mujer ha perdido el juicio

No la reconozco á usted por madre—siguió diciendo;—para mí no es usted más que una buena mujer.

Y mientras esto decía, se acercó la frutera, quien se expresó en estos términos:

—Este joven es sobrino mío, y esa mujer no puede ser su madre.

La viveza de los diálogos anteriores llamaron la atención de la gente que se hallaba próxima.

El grupo fue engrosando poco á poco, y mientras las dos mujeres, frutera y vendedora de hules, discutian y el mozo persistía en asegurar que no reconocía para nada á la que se decía su madre, se presentó un guardia de orden público, que puso fin á la contienda, aconsejando á la que fue causa de que se aglomerase la gente, que presentara su reclamación á quien pudiera atenderla.

Se disolvió el grupo, y la mujer se dirigió á la salida de la plaza, arrasados de lágrimas los ojos

Un curioso le manifestó interés en conocer los motivos que pudiera aducir la vendedora de hules para creerse madre del joven que pasa por sobrino de la frutera, y aquella pobre mujer hizo poco más ó menos el siguiente relato:

—Antes de casarme con el que hoy es mi marido tuve un hijo de él; acababa de dar á luz después de un parto muy laborioso, y me dijeron que el fruto de mis entrañas murió al nacer.

Yo no estaba entonces para asegurarme de la verdad de lo que se me decía, y lo creí buenamente.

Pasaron los años; legitimé mi unión con aquel hombre y él y yo vivíamos en paz con el fruto de nuestro trabajo.

Hace pocos días una amiga de la infancia, que ahora se dedica también á vender hules, y que intervino en mi alumbramiento, me dijo que tenía que hablarme de un asunto muy serio.

La llevé á mi casa, y solas ella y yo, me dijo lo siguiente:

—Tengo grandes remordimientos y quiero quitármelos de encima.

—El hijo que diste á luz no nació muerto, sino vivo, y bien vivo; es más, hoy vive todavía y puedes verle cuando quieras.

—¡Que le puedo ver!—exclamé en un trasporte de alegría.

—No me interrumpas—dijo mi amiga;—déjame concluir, y luégo, si tanto lo deseas, verás á tu hijo hecho un mozo.

—Así que diste á luz—prosiguió aquella mujer—tu hijo fue llevado á la Inclusa.

Cuando el niño salió de la lactancia fue prohijado por unos fruteros.

Conocía yo toda esta historia y conmigo hubiera bajado á la tumba, si los remordimientos no me impulsaran á revelarla.

—¿Pero mi hijo, dónde está mi hijo?—exclamé apenas aquélla terminó su relato.

Y cogiéndome de la mano me llevó frente al puesto en que se hallaba el joven que usted ha visto, y señalándole:

—Ese es el niño que dijeron que había nacido muerto.

Desde entonces vengo todos los días á verle, y hoy, de cando oir su voz, me aproximé á él cuanto pude, dando lugar á la escena que usted ha presenciado.»

Se despidió de aquella mujer el curioso, y sin poder ocultar su emoción repetía:

—La verdad es que el mozo de la frutería se parece como un huevo á otro á la vendedora de hules.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

MOLINERO

***

Charada

En cierta **primera dos**
que más bien un **todo** era,
ví sin género de duda
destrozado un **prima tercia**;
y por si su estancia allí
de un crimen era la prueba,
primera dos (con acento)
y á mi casa dí la vuelta.

T.

La solución en el número próximo.

DOS CONSPIRADORES

El cacique del pueblo había recibido el día antes una carta del diputado del distrito, recomendándole que tuviera paciencia acerca de sus pretensiones, pues no estaba el horno para bollos, ni la Magdalena para tafetanes.

Seguramente que se hubiera quedado con la boca abierta, sin entender qué tenían que ver la Magdalena y el horno con que le concedieran por la décima parte de su precio, casi de balde, para su exclusivo uso, el Monte de propios que en virtud de legítimo derecho venía siendo de propiedad común para aprovechamiento de todo el pueblo, á no añadir el siguiente párrafo qua explicaba el enigma: «El gobierno apenas si tiene tiempo para ocuparse de los conspiradores; sabe que los trastornadores del reposo público no descansan, fraguando en la sombra el complot con que sueñan derribar lo existente.»

Como hombre el cacique era muy bruto, no obstante haber cursado con aprovechamiento todas las asignaturas de cucología y gramática parda, mas como jefe político de aquel cotarro, no dejaba de ser previsor á su modo, y por la cuenta que le tenia.

No necesitaba él que le diesen un espolazo para desbocarse.

Se le conocía en diez leguas á la redonda como un alcalde sin freno, que lo mismo saltaba por encima de la ley, seguro de que estaban bien guardadas sus espaldas, que daba un par de coces al derecho de sus «súbditos», dicho sea con todo el respeto y las consideraciones que generalmente merece esta clase de sacudimientos violentos de los monterillas cuando, con uno ó los dos piés hacia atrás, muestran su descontento.

A su odio contra los conspiradores, se unía ahora el disgusto que le causaba la contrariedad á que se refería el diputado. Se fraguaba un complot, precisamente en los momentos en que él intrigaba, digo gestionaba, agarrándose á buenas aldabas, para quitarle al pueblo su monte y apropiárselo por una bicoca.

Lo que sucedía era para reventar de una coragina.

Peró, ¿en qué pensaba el gobierno que no fusilaba á diestro y siniestro? ¿Por qué no le dejaba á él dar el ejemplo?

En el pueblo había un jefe liberal con quien el cacique no transigía. Despierto soñaba con su adversario.

Más de una vez pensó azuzarle á los escopeteros del pueblo; pero el Gobernador de la provincia, apercibido de su propósito, le había llamado al orden, diciéndole que mirase bien no hacer una barbaridad, que le perdería para siempre.

Se trataba de una persona rica, ilustrada, de arraigo, muy simpática, y cualquier atropello tendria bastante resonancia.

Y para acabar de convencerlo, su jefe inmediato, cuyo fajin miraba con tanta codicia el cacique, le había dicho filosóficamente: «á un infeliz se le pega y no se le escucha, aunque ponga el grito en el cielo, si es que antes el temor no le pone una mordaza; pero no sucede lo mismo, cuando la víctima pesa algo en la balanza.»

Todavía hay clases, y la igualdad no es verdad ni ante la ley, ni ante el garrote.»

Todavía existen costillas desheredadas y carne de látigo.»

Esto moderaba un tanto las malas disposiciones del cacique acerca de su rival, el jefe del bando político contrario.—¡Si pudiera cojerlo en un renuncio! decía cuando el odio le enardecía la sangre, y la hiel de la envidia, porque la envidia es muy amarga, se le derramaba por todo el cuerpo.

La envidia, sí, porque el cacique se daba á todos los demonios, siempre que llegaban á sus oidos los ecos de la opinión, elogiando la «finura» del jefe liberal, su elocuencia, su don de gentes, todas las cualidades de que él carecía.

Además, otra circunstancia avivaba la llama.

Se había permitido decir varias veces en el casino que en cuanto la justicia no estuviese supeditada á la política, el cacique iría á presidio para arrastrar un grillete, por sus muchos desmanes y fechorías. ¡Mandarle á